

Breve antología de Guillaume Apollinaire

Ricardo Silva-Santisteban

De todos, Guillaume Apollinaire (1880-1918), en varios sentidos, es el primer poeta de los modernos por su peculiar visión cosmopolita del mundo y ese sentido de lo nuevo que ya en nuestras sociedades se extinguió pero que en su obra vive, con singular relieve, mágicamente; pero también lo es por su gracia, por su espontaneidad, por su oficio y el fondo trágico y noble que se advierte en sus poemas que reflejan un mundo que toca a su fin. En el ocaso de una sociedad que se desmorona es el poeta primordial, pero la poesía de Apollinaire fue sobre todo indispensable para convulsionar el ambiente literario que lo rodeaba y provocar la gran sacudida de la que emergerían, con poéticas coherentes y atrevidas, los distintos movimientos de vanguardia, pues con su poesía supo infundir vida a las teorías literarias que se agitaban entre sus contemporáneos. Alcools (1913) marca el límite entre la poesía del pasado y aquella que debía venir en el futuro. Calligrammes (1918) afianza la obra de un poeta esencialmente lírico y propone el redescubrimiento del tegnopegno del helenismo griego y del barroco europeo. Es más, creo que esta última es quizá la única poesía visual que puede realmente gozarse, aparte por supuesto de algunos deliciosos ejemplos griegos, no sólo por sus virtudes plásticas sino también literarias y que jamás se escribió motivada por un acto gratuito. En esta selección que presentamos, hemos preferido, sobre todo, al Apollinaire lírico en quien la perdurabilidad de la poesía está dada por su capacidad para

producir ese momento único e irrepetible de la fragilidad de la sensación que nos otorga su proyección sentimental.

ONIROCRITICA

Las ascuas del cielo estaban tan cercanas que yo temía su ardor. Estaban a punto de quemarme. Pero yo me daba perfecta cuenta de las eternidades diferentes del hombre y de la mujer. Dos animales distintos se acoplaban y los rosales amugronaban pámpanos grávidos de racimos de lunas. De la garganta del simio salieron llamas que flordelisaron el mundo. Un armiño albeaba entre los mirtos. Le preguntamos la causa del falso invierno. Me tragué rebaños oscuros. Orkenise apareció en el horizonte. Nos dirigimos hacia esta ciudad recordando con pena los valles donde los manzanos cantaban, silbaban y rugían. Pero el canto de los campos cultivados era maravilloso:

Por las puertas de Orkenise
quiere entrar un carretero.
Por las puertas de Orkenise
salir quiere un pordiosero.

Y los guardias de la villa
persiguiendo al pordiosero:
— ¿Qué tomaste de la villa?
— Dejé el corazón entero.

Y los guardias de la villa
persiguiendo al carretero:
— ¿Qué traes para la villa?
— Casar mi corazón quiero.

¡Corazones de Orkenise!
Cómo reían los guardias,
la senda es gris pordiosero,
el amor gris, carretero.

Bellos guardias de la villa
tejían muy diestramente;
y las puertas de la villa
se cerraron lentamente.

Pero yo me daba perfecta cuenta de las eternidades diferentes del hombre y de la mujer. El cielo amamantaba sus felinos. Entonces, sobre mi mano advertí manchas carmesíes. Hacia la mañana, los piratas se llevaron nueve navíos anclados en el puerto. Los monarcas se alegraron y las mujeres no querían lamentarse por los muertos. Preferían a los antiguos reyes, más viriles en el amor que los viejos perros. Un verdugo deseó ser inmolado en lugar de la víctima. Le abrieron el vientre. Vi cuatro I, cuatro O y cuatro D. Nos sirvieron carne fresca y después de comerla crecí súbitamente. Simios parecidos a sus árboles violaban tumbas antiguas. Llamé a una de estas bestias sobre la que crecían hojas de laurel. Me trajo una cabeza hecha de una sola perla. La cogí en mis brazos y la interrogué luego de amenazarla con arrojarla al mar si no me respondía. Esta perla era ignorante y el mar la sumergió.

Pero yo me daba perfecta cuenta de las eternidades diferentes del hombre y de la mujer. Dos animales distintos se amaban. Sin embargo sólo los reyes no morían de aquella risa y veinte sastres ciegos acudieron con el objeto de cortar y coser un velo destinado a cubrir el ónix amarillo. Yo mismo los dirigía, a reculones. Hacia el anochecer, los árboles se fueron volando, los simios permanecieron inmóviles y yo me vi centuplicado. El grupo que yo era se sentó junto al mar. Grandes navíos de oro cruzaban el horizonte. Y cuando fue noche total, cien llamas acudieron a mi encuentro. Procreé cien niños cuyas nodrizas fueron la Luna y la colina. Ellos amaron a los reyes deshuesados agitados en los balcones. Llegué a la ribera de un río, lo cogí con las dos manos y lo blandí. Esta espada apagó mi sed. Y la fuente que languidecía me advirtió que si detenía al sol lo vería, en realidad, cuadrado. Centuplicado nadé hacia un archipiélago. Cien marineros me acogieron y conduciéndome a un palacio, me mataron noventa y nueve veces. En ese momento solté a reír y bailé mientras ellos lloraban. Bailé a cuatro patas. Los marineros temían moverse porque tenía el espantoso aspecto de un león.

A cuatro patas, a cuatro patas.

Mis brazos y mis piernas se parecían y mis ojos multiplicados me coronaban atentamente. Luego me levanté para bailar como las manos y las hojas.

Usaba guantes. Los habitantes de la isla me llevaron a sus huertos para que cogiese frutos como mujeres. Y la isla, a la deriva, fue a colmar un golfo y en la arena súbitamente brotaron

árboles rojos. Una bestia blanda cubierta de blancas plumas cantaba inefablemente y todo un pueblo la admiraba sin descansar. Encontré en el suelo la cabeza hecha de una sola perla que lloraba. Blandí el río y la muchedumbre se dispersó. Los ancianos comían apio e, inmortales, no sufrían más que los muertos. Yo me sentí libre, libre como una flor en su estación. El Sol no era más libre que un fruto maduro. Un rebaño de árboles parecía estrellas invisibles y la aurora le daba la mano a la tempestad. La influencia de la sombra se sintió entre los mirtos. Todo un pueblo amontonado en un lagar sangraba cantando. Hombres brotaron del licor que corría del lagar. Blandían otros ríos que se entrechocaban con un sonido de plata. Las sombras salieron de entre los mirtos y se fueron a los pequeños jardines que regaba un pulular de ojos de hombres y de bestias. El hombre más hermoso me cogió por la garganta, pero logré derribarlo. De rodillas, me mostró los dientes. Los toqué y salieron sonidos que se convirtieron en serpientes del color de las castañas y su idioma se llamaba Saint Fabeau. Desenterraron una raíz transparente y comieron de ella. Era del tamaño de un nabo.

Y mi río en reposo los sumergió sin ahogarlos.

El cielo estaba lleno de heces y cebollas. Yo maldecía los astros indignos cuya claridad se derramaba sobre la tierra. Ya no aparecía ninguna criatura viviente. Pero se elevaban cantos de todas partes. Yo visitaba ciudades vacías y cabañas abandonadas. Recogí las coronas de todos los reyes e hice con ellas al ministro inmóvil del mundo locuaz. Navíos de oro, sin marineros, cruzaban el horizonte. Inmensas sombras se perfilaban sobre las velas lejanas. Varios siglos me separaban de aquellas sombras. Me desesperé. Pero yo me daba perfecta cuenta de las eternidades diferentes del hombre y de la mujer. Sombras distintas oscurecían con su amor la púrpura de las velas, mientras que mis ojos se multiplicaban en los ríos, las ciudades y sobre la nieve de las montañas.

Los cólquicos

El prado es venenoso pero lindo en otoño
Paciendo en él las vacas
Se envenenan lentamente
Allí florece el cólquico color de ojera y de lila
Tus ojos son como esa flor
Como su ojera violáceos y como este otoño
Y por tus ojos mi vida se envenena lentamente

Con bullicio llegan los niños de la escuela
Vestidos con casacas y tocando la armónica
Arrancan los cólquicos que son como madres
Hijas de sus hijas y del color de tus párpados
Que se mueven como las flores bajo el viento demente

El guardián del rebaño canta muy dulcemente
Mientras lentas y mugiendo las vacas abandonan
Para siempre este gran prado por el otoño marchito

Chantre

Y el único cordel de las trompetas marinas

El adiós

Cogí esta hojita de brezo
El otoño ha muerto recuerda
No nos veremos ya sobre la tierra
Olor del tiempo hojita de brezo
Y recuerda que te espero

La puerta

La puerta del hotel horriblemente sonríe
Qué puede ocurrirme oh mamá
Ser este empleado para quien nada existe
Parejas que van en la profunda agua triste
Frescos ángeles ayer desembarcados en Marsella
Escucho cómo muere y vuelve a morir un canto lejano
Humilde soy y sé que nada valgo

Hijo mío te di todo mi trabajo

Signo

Soy obediente al Jefe del Signo del Otoño
Por eso amo los frutos y detesto las flores
De los besos que doy yo no olvido ninguno
Como un nogal vareado dice al viento sus penas

Eterno otoño mío oh mi estación mental
Manos de las amantes de ayer tu suelo esparcen
Una esposa me sigue es mi sombra fatal
Palomas al ocaso toman su último vuelo

Claro de luna

Luna meliflua en los labios de dementes
Qué golosos esta noche los vergeles y poblados
A las abejas muy bien imitan los astros
De esa miel luminosa que de los parrales gotea
Porque aquí está todo lo dulce y que cae del cielo
Cada rayo de luna es un rayo de miel
Pues que oculto concibo la aventura dulcísima
Temo el dardo de fuego de esta abeja Arturo
Que entre mis manos puso rayos engañosos
Y tomó su miel de luna a la rosa de los vientos

Cuernos de caza

Nuestra historia es noble y trágica
Como la máscara de un tirano
Ningún drama arriesgado o mágico
Ningún detalle indiferente
Vuelve patético nuestro amor

Y Thomas de Quincey tomando
Opio veneno dulce y casto
En su pobre Anne iba soñando
Pasemos pasemos pues que todo pasa
Yo volveré a menudo

Los recuerdos son cuernos de caza
Cuyo ruido muere entre el viento

Hacia el sur

Cenit

Todos estos pesares

Estos jardines sin límite

Donde el sapo modula un tierno grito azul
La cierva del desatinado silencio pasa veloz
Un ruiseñor herido por amor canta
En el rosal de tu cuerpo cuyas rosas cogí
Nuestros corazones cuelgan juntos del mismo granado
Y las flores de granada en nuestras miradas se abren
Cayendo una tras otra han sembrado el sendero

La partida

Estaban pálidos sus rostros
Y sus sollozos quebrados

Como la nieve en los pétalos puros
O bien tus manos sobre mis besos
Caen las hojas otoñales

Jefe de sección

Mi boca tendrá ardores de tormento
Mi boca te será un infierno de dulzura y seducción
Los ángeles de mi boca tronaron en tu corazón
Los soldados de mi boca te tomarán por asalto
Los sacerdotes de mi boca incensarán tu belleza
Tu alma se agitará como una región durante un terremoto
Tus ojos estarán grávidos de todo el amor acumulado en las
miradas de la humanidad desde que ésta existe
Mi boca será un ejército contra ti un ejército colmado de desatinos
Variado como un hechicero que sabe variar sus metamorfosis
La orquesta y los coros de mi boca te dirán amor mío
Ella te lo murmura de lejos
Mientras con los ojos fijos en el reloj espero el minuto señalado
para el asalto

Tristeza de una estrella

Una bella Minerva hija es de mi cabeza
Una estrella de sangre me corona por siempre
La razón brilla al fondo y el cielo está en el casco
De la testa con que antes oh Diosa tú te armabas

No ha sido por eso el peor de mis males
Este casi mortal agujero estrellado
Mas la oculta desdicha que nutre mi delirio
La más grande que un alma jamás haya celado

Y así llevo conmigo esta ardiente tortura
Tal como la luciérnaga lleva el cuerpo encendido
Y en su pecho el soldado palpitando a la Francia
Y en el centro del lirio el polen perfumado

La linda pelirroja

Heme aquí ante todos un hombre de buen sentido
Conociendo de la vida y de la muerte lo que un ser viviente puede
conocer

Habiendo probado las penas y los goces del amor

Habiendo sabido imponer algunas veces sus ideas

Sabiendo varios idiomas

Habiendo viajado lo suficiente

Habiendo visto la guerra en la Artillería y en la Infantería

Herido en la cabeza trepanado bajo el cloroformo

Habiendo perdido sus mejores amigos en la espantosa lucha

Sé de lo antiguo y de lo nuevo cuanto un hombre solo podría
saber de ambos

Y sin inquietarme hoy en día por esta guerra

Entre nosotros y por nosotros amigos míos

Juzgo esta larga disputa entre la tradición y la invención

Entre el Orden y la Aventura

Vosotros cuya boca fue hecha a imagen de la de Dios

Boca que es el orden mismo

Sed indulgentes cuando nos comparéis

Con los que fueron la perfección del orden

A nosotros que sobre todo buscamos donde sea la aventura

No somos vuestros enemigos

Queremos daros vastos y extraños dominios

Donde el misterio en flor se ofrece a quien quiere cogerlo

Hay allí nuevos fuegos de colores nunca vistos

Mil imponderables fantasmas

A los que es preciso dar realidad

Queremos explorar la bondad comarca enorme donde todo calla

Existe también el tiempo que podemos expulsar o hacer que
regrese

Piedad para nosotros los que siempre combatimos en las fronteras
De lo ilimitado y lo porvenir
Piedad para nuestros errores piedad por nuestros pecados

He aquí que llega el estío la estación violenta
Y mi juventud ha muerto al igual que la primavera
Oh Sol es el tiempo de la Razón ardiente

Y espero

Para seguirla siempre la forma noble y dulce
Que ella toma con el fin de que sólo yo la ame
Ella viene y me atrae como el imán al hierro

Tiene el encantador aspecto
De una adorable pelirroja

Sus cabellos se diría que son de oro
Un bello relámpago que dura
O estas llamas que se pavonean
En las rosas-té que se marchitan

Pero ríanse ríanse de mí
Hombres de todas partes sobre todo los de aquí
Pues que hay tantas cosas que no me atrevo a deciros
Tantas cosas que no me dejaríais decir
Tened piedad de mí